

« hacia Poniente, os dejaré marchar, y yo volveré á hacer penitencia de mis pecados en aquella tierra que habéis prometido á Dios » sacar de manos de los perros sarracenos (1). »

Era tanta la preponderancia que tenia aun el nombre de Jerusalem, que las últimas palabras de Fray Andres llevaron la incertidumbre y la turbacion al ánimo de aquel poderoso monarca; pero nuevas revueltas políticas ocuparon su atención. El que recuerde á Pedro el Ermitaño y á Bernardo, yendo con sus pobres vestidos á exponer las miserias de la Ciudad Santa, notará el extraño contraste que presentan con los preparativos hechos en Lila, corte de Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Las fiestas y los regocijos ahogaron el fastidio de los caballeros que esperaban á los otros; y en el festin dado por el duque de Cléveris, subió una dama sobre una mesa donde estaba el duque de Borgoña, y arrojándose delante de él, le puso en la cabeza una guirnalda de flores, y anunció que al cabo de diez y ocho dias daría el mismo duque un gran banquete. En él la magnificencia fué cual convenia á tal reunion, y al señor mas rico y esplendido de la Cristiandad: encima de una mesa se veía una iglesia con órgano, campanas, fuentes, naves y prados, y en medio un San Andres crucificado; en otra un pastel que encerraba una orquesta entera de veintiocho músicos, y un castillo con fosos y torres, una viña que contenia dos frutos, del bien y del mal, un desierto con tigres, selvas y caza, y un lago rodeado de poblaciones, la tercera mesa sostenia un buhonero con toda clase de géneros, una floresta india y un leon. Pasaré en silencio los vasos de oro, las estatuas que echaban vino ó hipocras, un leon vivo, y el lujo del duque que llevaba encima por valor de un millon de escudos de oro en piedras. ¿Cómo sería la sala para contener tantos convidados, tantos espectadores y tantas máquinas!

Todos los platos bajaban del techo en un carro de oro y azul, entre músicas, y se sirvieron jabalíes enteros. Se amenizó la comida con *intermedios*, es decir, representaciones. Despues de haber algunas de estas, entra de improviso un gigante vestido á la antigua, llevando un elefante, sobre el cual habia un castillo con una mujer llorando y de luto; la cual, al llegar en medio de la sala, mandó al gigante que se parase, pero él no obedeció hasta que estuvo delante del duque. Entónces la prisionera, que representaba la religion, expuso en una larga queja en verso la opresion que sufría de los infieles, y el descuido de los que debian ayudarla. El heraldo del toison de oro, precedido de una larga fila de oficiales de armas, y llevando en la mano un faisán vivo, con un collar de oro adornado de piedras preciosas y perlas, se dirigió al duque, le presentó dos señoras, acompañadas cada una de un caballero de aquella orden, y le ofreció aquel pájaro en nombre de estas, recomendán-

(1) M. VILLANI, VII. 3.

dole á su proteccion. Cuando el duque lo oyó, dió al heraldo un billete que se leyó en alta voz en que hacia voto á Dios, á María, á las señoras y al faisán de combatir á los infieles, y todos contestaron con otros parecidos, imponiéndose hacer penitencias ó rasgos de valor: unos decian que no volverian á dormir en cama, otros no comerian á manteles, se privarian del vino ó de la carne, ó llevarian de dia y de noche las armas, ó se vestirían estameña y tela grosera mientras no se llevase á cabo la empresa; uno que cogeria la bandera del gran turco, otro que no volveria ántes de haber presentado al duque un Turco prisionero; cuál que, al volver, haria cualquier empresa de armas en tres reinos cristianos, cuál que llevaria por banderola la imágen de la Virgen; este que daría un mandoble en la corona de un rey infiel, aquel que combatiría con un Turco sin mas armas que un guante; todos querian sobrepujar á los demas, tanto mas cuanto que el vino los habia enardecido.

Por último, una mujer vestida de blanco con estas palabras escritas en la espalda *Gracia de Dios*, fué á dar gracias á los concurrentes, presentándoles doce damas que figuraban las virtudes, cuyo nombre llevaban escrito en la espalda; y que debian ser compañeras de expedicion para asegurar el buen éxito. Eran la fe, la caridad, la justicia, la razon, la prudencia, la templanza, la fuerza, la verdad, la generosidad, la diligencia, la esperanza, el valor; y habiendo leído cada una una estrofa relativa ó su significado, se pusieron á bailar y aumentaron la alegría de aquella fiesta.

¡Así se queria salvar la Tierra Santa!

Pareció que los ánimos se llenaban de fervor cuando los Turcos Otomanos ocuparon la Grecia, tomaron á Constantinopla y amenazaban de cerca la Alemania y la Italia. Entónces con mas entusiasmo que nunca excitaban los poetas á los príncipes á quitar al fiero Tracio aquella presa que injustamente poseía (1); los papas publicaron la Cruzada, se hicieron grandiosos preparativos y todos los potentados de Europa hicieron promesas que ninguno cumplió. Sin embargo, no eran solo los visionarios los que pensaban en la expedicion de Oriente; y aun despues que la opinion habia sustituido al sentimiento en las agitaciones de la política, cuyas necesidades calculadoras no habian destruido sin embargo la antipatía del pueblo á los Turcos, componia Bacon un diálogo *De bello sacro*; Mazarino dejaba seiscentos mil francos para la guerra contra los musulmanes; el docto Job Ludolf (2) y Herminio Conring no meditaban ménos sobre ella que el exaltado Desmarets de Saint-Sorlin; el famoso capuchino fray José, consejero de Richelieu y hábil político, compuso sobre el asunto un poema latino, que Urbano VIII llamaba la *Enéida cristiana*; el elector de Magun-

(1) Tasso, *Gerus. liberata*. Prescindiendo de otros muchos, son conocidas las octavas de Ariosto en el *Orlando*, c. 17, y las de Camoens en los *Lusiadas*.

(2) *Libellus de bello turcico feliciter conficiendo*, 1686.

cia, Felipe de Schönborn, se hacia partidario de la guerra santa, excitado por dos grandes hombres, el baron de Boineburgo y el sublime Leibnitz.

Este tuvo gran interes en inclinar á los príncipes de Europa á combatir á los Turcos, en lugar de destruirse unos á otros, y procuró con empeño decidir á Luis XIV á conquistar el Egipto, haciéndole presente su importancia. Habiendo concebido el proyecto de reorganizar civilmente la Alemania, decia: « Entónces la Europa quedará tranquila; cesará de destrozar sus propias entrañas, y pondrá su atención donde tantos honores, victorias, preponderancia y riquezas puede conseguir sin menoscabo de su conciencia y de una manera agradable á Dios. Entónces no se disputará por poseer lo que es de otro, sino por ver quién gana mas al enemigo que posee nuestras tierras; todos se afanarán por extender, no su propio reino, sino el de Cristo. Si Suecia y Polonia hubiesen dirigido contra aquellos bárbaros países las fuerzas que emplearon una contra otra, ¿no hubieran podido penetrar la primera hasta la Siberia y la otra hasta la Táuride?... Con tal que el emperador, la Polonia y la Suecia cedan de acuerdo contra los Bárbaros y procuren extender los límites (*pomeria*) de la Cristiandad, no deben tener otros planes, ni temer á los enemigos que están á su espalda, porque la bendicion de Dios se manifestará en favor de la justa causa. Por otra parte Inglaterra y Dinamarca harian frente á la América Septentrional, España á la meridional, y á las Indias Occidentales la Holanda. La Francia está destinada por la Divina Providencia para guiar á Levante las armas cristianas y dar á la Cristiandad Godofredos, Balduinos, y principalmente San Luis, que invadiendo el África colocada enfrente de ella, destruyan aquellos nidos de corsarios y ataquen el Egipto, que es uno de los países mejor situados; no le falta gente ni dinero para hacerse señora de aquel país mal fortificado... Este es el medio de adquirir gloria duradera, aplausos universales, victorias seguras, preponderancia inmensa, y tener una conciencia tranquila. Entónces se cumplirían los deseos del filósofo, de que los hombres no deben declarar guerra sino á los lobos y á las bestias salvajes, á quienes hasta ahora se parecen los Bárbaros y los infieles. »

Explicó su pensamiento de palabra y por escrito (1), y lo recomendó á los príncipes y ministros para halagar la ambicion del rey con aquel proyecto y las ventajas que en él se enumeran; pero la política reflexionaba y no sentía ya, y el ministro Pomponne le respondió: « En cuanto al proyecto de una guerra santa, sa-

(1) Cuando Napoleon emprendió la conquista de Egipto, fué sacado de los archivos este escrito de Leibnitz, pero se esparcieron respecto de él muchos errores por gente que no le vió. Léase en las *Mém. de l'Institut de France, savants étrangers*, vol. I, una disertacion de G. E. Gührner con los documentos originales.

« bed que han dejado de ser de moda desde San Luis. »

Y nosotros, puesto que así lo mandan, creémos que es necesaria al bien de la Europa la duracion de aquel poder inmoral (1); y solo repetimos los sueños de los hombres pensadores y morales, para manifestar que se debe reflexionar mucho ántes de considerar las Cruzadas como un delirio de los fanáticos é ignorantes.

CAPÍTULO XVIII

Consideraciones sobre las Cruzadas.

Al hablar de la sangre prodigada en las Cruzadas, supongo que no se querrá compararla con los torrentes que se vertieron por los antiguos Romanos, ni con la que se derramó en las guerras dinásticas del siglo pasado por las sucesiones de España y Austria, y en los veinticinco años posteriores al de 1789. ¡Pero qué diferencia entre estas guerras! En las de los Romanos iba una nacion excitada por sus jefes á conquistar la patria de otra, á hacer esclavos, exterminar los habitantes ó á imponerles las leyes y costumbres de los vencedores. En las modernas son hombres sacados por fuerza de sus hogares, para matar ó morir sin saber por qué. En las Cruzadas se levanta la Europa como un solo hombre, y corre presurosa á librar de la esclavitud á sus hermanos y del infierno á los infieles para conseguir un premio eterno.

El concilio de Clermont no fué el motor de aquellas empresas, sino el efecto de la opinion pública; del mismo modo que la Asamblea nacional no produjo la revolucion, sino que la afirmó. Basta examinar el sentimiento general. Se miraba el cruzarse como un deber que todos tenian con Cristo: las ciudades enviaban tropas de valientes; el príncipe tomaba dinero á préstamo, dejando en hipoteca sus posesiones, el eclesiástico los beneficios; el baron enajenaba sus feudos; el poeta esperaba una corona celestial; el monje la palma de la perseverancia en la fe; la jóven, el viejo, la monja no se asustaban ante peligros tan diversos. Se perdonaban los portazgos á los Cruzados; en los contratos de boda los nobles se reservaban la libertad de cruzarse, podia la mujer impedir al marido que se encerrase en un convento, pero no el tomar la cruz (2) aunque tuvieran hijos.

(1) En 17 de julio de 1839, el señor Soult contestaba al Austria: « Tous les cabinets veulent l'intégrité et l'indépendance de la monarchie ottomane sous la dynastie régnante; tous sont disposés à faire usage de leurs moyens d'action et d'influence pour assurer le maintien de cet élément essentiel de l'équilibre européen. » En la cámara de los Pares decia el señor Guizot el 12 de enero de 1842: « Il y a parmi les Chrétiens d'Orient un mouvement naturel, résultant de ce qui se passe dans le monde depuis quarante ans, et qui les porte à l'insurrection et à la séparation de l'empire ottoman. Eh bien! je le dis très-haut, nous ne poussons pas à ce mouvement-là, nous ne l'approuvons pas, nous ne l'encourageons pas... Quand nous disons que nous voulons l'intégrité de l'empire ottoman, nous le disons sérieusement, nous le voulons au dedans et au dehors. »

(2) INOCENCIO III, ep. XVI: « Cum constet quod vocati ad

El que no podía librarse de un enemigo mortal, se cruzaba; cruzábase también el que pedía á la Iglesia el perdón de sus pecados; los ricos y los grandes creían valer más cuando las desgracias los igualaban con los más abyectos. Muchos habían jurado no volver á su patria sin haber librado á la Tierra Santa; y el que faltaba á su promesa, no era ya reconocido por la Iglesia como hijo, siendo considerado como vil por los hombres de honor, mientras que si moría en la demanda, era honrado como mártir (1).

Los peregrinos sostenidos por la caridad pública cantaban alegremente la tierra prometida, la patria del Salvador, á la madre de los Santos Padres, y el teatro de la reconciliación con Dios; y si perecían á millares, se bendecía al Señor porque subían al cielo tantos nuevos testimonios de su fe. Querían ser amortajados cuando morían con la misma túnica que llevaban al visitar el Sepulcro de Cristo; los Pisanos llevaron tierra de Palestina para llenar su cementerio, á fin de poder ser sepultados en Tierra Santa. Llámese error, ignorancia ó locura, nacía de entre las parciales revueltas del feudalismo un pensamiento de gloria, de porvenir, de santidad, el primer resplandor de lo bello y de lo infinito entre los pueblos y los ejércitos; y en aquella multitud que se lanza á la muerte por el triunfo de lo que cree ser buena causa y verdad, veo que se preparan los tiempos ¡ah! ¡ojalá estén próximos! en que no solo se haga la guerra por obtener la paz.

¿Se puede calificar de locura el objeto de aquella empresa? Todo inducía á creer que estando amenazada Constantinopla por las armas musulmanas, cooperaría á la empresa con todas sus fuerzas, y esta hubiera tenido seguramente buen éxito, si no hubiese sido por el continuo temor de la desleal amistad y de la insidiosa enemistad de los Griegos. Pero en aquella cloaca de la antigua civilización, solo se veía la vida, como se ve en un cadáver cubierto de gusanos, y ni aun supo regenerarse con la mezcla de las razas occidentales.

Pero ¿eran justas semejantes expediciones? ¿Lo eran á lo ménos con arreglo á las ideas de entonces?

Los musulmanes eran considerados como enemigos de la fe, que trataban de extirparla en todas partes con las armas, los suplicios y las doctrinas, desde las orillas del Ebro hasta las del Eufrates. Como Cristianos, se creían obliga-

terreni regis exercitum, uxorum non impedit contradictio, liquet quod ad summi regis exercitum invitatos, et ad illum proficisci volentes, predicta non debet occasio impedire, cum per hoc matrimoniale vinculum non solvatur.»

(1) En Venecia se permitía á los peregrinos vagar por la ciudad con caballos, cruces y banderas; y se elegían algunos oficiales llamados *tolomazzi* para que los acompañasen y aconsejasen lo que habían de llevar para el viaje, y ajustasen el flete: sus causas y demandas se decidían sumariamente de noche por los señores: además el peregrino podía asistir á la procesion del *Corpus Domini*, acompañado de un patricio, el cual le llevaba á su derecha y le regalaba un cirio. MUTI-NELLI, *Comm. de Veneziani*, pág. 118.

dos á los nuestros á socorrer á sus hermanos y reprimir la tiranía del islam; como amigos del imperio de Oriente, debían ayudarle á recobrar las provincias perdidas, y como herederos de los derechos y quejas de sus padres, tenían que pedir satisfacción de los padecimientos que les habían hecho sufrir y de las tierras que les habían usurpado.

Los príncipes y los papas que conducían ó aconsejaban á las turbas, tenían noticia de las nuevas amenazas de los Árabes, que habían ocupado la España, tomado la capital del Cristianismo, obstruido la mitad de la Italia, y atravesado la Francia, y sabían también que para ellos era santa la guerra contra los Cristianos. No diré que sea justo librar de la barbarie, defender la religión, la honestidad de las mujeres, y la libertad propia ó la ajena, porque estos son sentimientos, y el siglo del cálculo los escarnece; pero ¿no tiene todo cuerpo el derecho de defender su propia existencia? Y si Escipión se jacta de que va á herir en el corazón á su émula Cartago, ¿por qué no lo han de hacer también los ignorantes príncipes y fanáticos papas de la edad média, los cuales llevaron al Jordán y al Nilo guerras, que de otro modo se hubieran efectuado junto al Danubio y el Sena?

Nuestra edad comprende mal el entusiasmo, desde que la han acostumbrado al extraño espectáculo de ver á la Europa armarse para sostener un imperio musulmán que ya no tiene comercio ni industria, ni agricultura, ni moral, ni religión, y que se conserva solamente porque las potencias inmediatas no están conformes en el modo de repartírselo. ¡Oh! ¡nuestros tiempos son mucho mejores! pero fijémonos también en los pasados, y veremos, que el mismo parecer surgía de la política de los gabinetes que del decidido entusiasmo de los pueblos. Estos, necesitando gastar el exceso de fuerza, de sentimiento y de actividad que poseían, y persuadidos de que rendían homenaje á Dios matando á sus enemigos, se lanzaban al combate sin orden y sin prevision, contando con lo que alimentó á los Israelitas en el desierto. De aquí nació la facilidad que tenían de ver por todas partes prodigios y hechos sobrenaturales, ángeles y Santos que se aparecían á cada paso, revelaciones divinas, casi como en las narraciones de Plutarco y de Tito Livio (1); y la intrépida seguridad de obtener la palma del martirio cuando se exponían á morir de hambre, á hierro ó de fatiga, pero cantando himnos al Señor, y sin-

(1) El Tasso empequeñeció la escena, poniendo magos y encantamientos en lugar de aquellas eficaces, magníficas y grandiosas creencias que suponían al Cielo inmediatamente interesado en el triunfo de la causa santa. Poco ó nada se menciona la magia; únicamente á la madre de Kerboga la tienen algunos por maga, y se habla de dos encantadoras que aparecieron en las murallas de Jerusalén, cuando estaba sitiada conjurando á los poderes infernales en pro de la patria. De esto tomó pie el Tasso para expresarse del modo que lo hace.

tiendo solo no poder fijar su última mirada en la Ciudad Santa. Y mas aun que los hechos, me parece importante estudiar las costumbres y sentimientos en aquel triunfo de la religión, en aquella grande aventura del feudalismo, que formó la gloria popular.

Cuando una nación ó muchas juntas obran con tal convicción y con un fin moral elevado, es imposible que no reporte ventajas la humanidad. La primera y mas segura fué la paz y la larga tregua que se concedió á la Europa. En un tiempo en que el feroz derecho de la espada provocaba á los barones unos contra otros, sin que hubiese un rincón por apartado que se hallase donde no se derramase sangre, fué publicada la tregua de Dios, que se extendió desde Francia á Alemania; y si bien al principio no protegía mas que á los eclesiásticos y á los demas en algunos dias y lugares, despues comprendió reinos enteros y por muchos años. Por tanto, las Cruzadas calmaban los odios intestinos (1), y dirigían su impetuosa indomable á la conquista de la Tierra Santa. Los papas mandaron muchas veces que las armas que se empuñaban contra los hermanos, se volvieran contra los enemigos comunes, y protegieron por medio de indulgencias y excomuniones los países y las personas de aquellos que habiendo tomado la cruz se les miraba como sagrados. Juan de Curcy no pudo obtener en Irlanda su libertad de Juan de Lasey, sino jurando que iría á Palestina, y que no volvería (2). Los Normandos y los demas Septentrionales que molestaban á los habitantes de las costas y que habían destruido ó impedido la civilización en las riberas del Báltico y del mar de Alemania, emplearon su ardor belicoso en otras empresas en los países de Asia.

Mayores fueron las ventajas que consiguieron las sociedades particulares. El villano respiraba mientras en Tierra Santa trabajaba el barón que tenía ó se abrogaba derechos sobre sus bie-

(1) Esta observación no se escapó sin embargo á los Cruzados de entonces, y Faucher de Chârtres, al principio de su crónica (*Bibl. des croisades*, parte 1a, pág. 83), dice: «Viendo Urbano que los príncipes de la tierra estaban unos con otros en guerra continua; que en todas partes se violaban las leyes de la paz; que los campos eran destruidos y saqueados; que muchos eran puestos en esclavitud y tratados cruelmente en las prisiones; que solo eran rescatados con enormes sumas, y que morían de hambre, de sed, de frío ó en secreto; que las iglesias eran profanadas, los monasterios y las casas entregadas á las llamas, sin perdonar á nadie quemándose las cosas divinas y humanas: sabiendo además que las provincias del centro de la Romanía habían sido invadidas por los Turcos y que los Cristianos eran víctimas de la ferocidad de aquellos Bárbaros, lleno de compasión y de amor de Dios pasó los Alpes y fué á celebrar un concilio á Charamonte.» Mas tarde, cuando las bandas mercenarias estaban devastando la Italia, Francia y Alemania, se propuso enviar aquellos aventureros á combatir á los Turcos; y Santa Catalina de Sena escribía á Juan Hakwood: «Por tanto os ruego encarecidamente por Jesucristo, que pues que Dios ha mandado y también nuestro padre santo ir contra los infieles, y á vos os agrada tanto hacer la guerra y combatir, no guerreéis mas contra los Cristianos, porque ofendéis á Dios, sino id contra aquellos; que grande crueldad es que nosotros que somos Cristianos, miembros unidos al cuerpo de la Santa Iglesia, nos persigamos unos á otros, etc.» *Carta 220*.

(2) Ep. 8 de Inocencio III.

T. IV.

nes, su honor y su vida: los hombres que vivían con la sangre y el estrago, dejaron de hacer la guerra así en los caminos y en las poblaciones para llevar á Palestina su sanguinaria actividad (1); y los blasones de guerra quedaban cubiertos con el uniforme blason de la cruz.

En un tiempo en que por una parte se predicaba una moral pura, vigorosa, sin condescendencia, y por otra conducían á cometer actos de ferocidad las inclinaciones no corregidas por los miramientos, por la costumbre ni por la educación, y que eran fomentadas por detestables ejemplos, se sentía el pecado, aun cometiéndolo, y nacía inmediatamente la necesidad de expiarle ante la Justicia Divina. Por tanto, las almas atormentadas por los remordimientos, las personas deshonradas, pero á quienes era necesaria la estimación y el honor, iban á combatir para volver en paz consigo mismos y con los demas (2).

Habiendo matado dos caballeros á Conrado, obispo de Wurzburg, y partídole en pedazos, se confesaron arrepentidos, y fueron condenados á presentarse al papa, sin mas vestidos que los calzones con una cuerda al cuello pasando delante de todo el pueblo, y el papa les impuso la penitencia de que no usasen sus armas sino contra los musulmanes; que no usasen veros, armiño ni paños de color, que no asistiesen á los espectáculos públicos; que no se volvieran á casar si se quedaban viudos; que al momento pasasen á la Tierra Santa para combatir por espacio de cuatro años á los Sarracenos, viajando descalzos y vestidos de lana; que ayunasen á pan y agua los miércoles y viérnes, las cuatro témporas, las vigiliás y tres cuaresmas; que no probasen carne excepto en la Pascua de Resurrección, en la de Pentecostes y en la de Navidad; que cantasen todos los dias cien Padre Nuestros, hiciesen otras tantas genuflexiones, y no recibiesen la Eucaristía sino en la hora de la muerte; que si alguna vez entraban en cualquier ciudad de Alemania, fuesen solo con calzones á la iglesia mayor con la soga al cuello y una vara en la mano, haciéndose disciplinar por los canónigos, y exponiéndoles la razon de su conducta.

Lumberd cortó la lengua al obispo de Cárnes en Escocia, y yendo á Roma á pedir perdón, el papa se le concedió, con tal que volviese pronto á su país, y se presentase desnudo quince dias, con una pequeña túnica de lana sin mangas, y la lengua fuera atada con una cuerda; que se pusiese á la puerta de la iglesia, llevando una vara en la mano, y se hiciese dar disciplinazos;

(1) «Esta expedición (la segunda Cruzada) cuando no produjese otro resultado, purgó la Alemania de aquella raza que solía vivir con tomar lo ajeno.» KRANTZ, *Sax. c. 13*, *auctore Christ. Berold, de reg. hierosol.*, pág. 214.

(2) Talleyrand en la Revolución proponía establecer colonias, como nuevos campos, «à tant d'hommes agités qui avaient besoin de projets, à tant d'hommes malheureux qui avaient besoin d'espérance.» Este es el caso en que se encontraban.

que solo quebrantase el ayuno por la tarde con pan y agua, y que despues fuese á Tierra Santa á servir por tres años, no debiendo hacer armas contra los Cristianos, ni dejar de ayunar por espacio de once años todos los viérnes.

Siendo Roberto esclavo de los Sarracenos con su mujer y una hija, lleno de hambre se dejó llevar de las indicaciones del emir de que se comiese á esta última y cociese á la madre, aunque no tuviese valor para comérsela. Puesto en libertad, el papa le mandó que no volviese á comer carne en toda su vida; que ayunase con frecuencia á pan y agua; que anduviese descalzo con una túnica muy corta de lana y el bordon; que fuese mendigando, sin recibir mas que lo necesario para un dia, ni dormir dos noches en el mismo lugar; que peregrinase por tres años, postrándose fuera de las iglesias, y esperando que le disciplinasen; que no se volviese á casar; que no asistiese á los juegos; que dijese cada dia cien Padre Nuestros haciendo cien genuflexiones, y que pasados tres años, volviese á ver al papa (1).

Iban tambien en busca de la paz, con los grandes pecadores, amantes engañados, y almas exacerbadas por los desengaños; de donde provienen tantas historias piadosas, que bordan aquella tela guerrera. Un Boloñes estaba enamorado de Lucía, monja de Santa Catalina de su patria, y todos los dias iba á mirarla á la tribuna donde ella oía misa. Advirtió la religiosa, y creyendo deber suyo « volver los ojos para no ver las vanidades, » se colocaba desde entónces detras de una celosía. Desconsolado el amante, jura consagrarse á Dios como su amada, marcha á Palestina, y se lanza al combate. Cae prisionero, y puesto en el tormento para que reniegue de la fe, exclama: « Santa » virgen, casta Lucía, si vives aun, sosten con » tus oraciones á quien tanto te amó, si estás » en el cielo intercede por mí con el Señor. » Diciendo esto quedó sumido en un profundo sueño; al despertarse, se encuentra cargado de cadenas, pero en su patria y próximo al monasterio de su amada; y esta misma estaba á su lado deslumbrante de belleza y de esplendor. « ¿Vives aun Lucía? » dijo él; y ella respondió: « Vivo, pero en la verdadera vida; vé y quí- » tate las cadenas sobre mi sepulcro, dando gra- » cias á Dios. » Aquella mujer casta habia muerto el dia en que él dejó la Europa (2).

Federico Barbaroja, siendo jóven, se prendó de Gela, hija de un vasallo suyo; ella correspondió á su amor, pero no creyéndose digna de tenerle por esposo, le indujo á que se cruzase. Al despedirse dijo él: *Nuestro amor es eterno.* — Eterno, respondió ella dejando caer la cabeza sobre la de su amante. Él marcha, vence y vuelve, siendo ya duque por la muerte de su padre y vuela á casa de Gela. Pero solo encuentra un

(1) RAYNALD, 1205, núm. 43; 1202, núm. 10. — INOC. III, Ep. VI, 51, 77, 79.

(2) GHIRARDACCI, *Storia di Bologna*, lib. IV.

billete que decia: « Bres duque y debes elegir » esposa. La felicidad de haber sido tuya un » año, me ha dejado un recuerdo que me hará » estar contenta toda mi vida. Nuestro amor es » eterno. » Se habia metido en un convento, y Federico, en el bosquecillo donde se habia despedido de Gela, puso la primera piedra de la ciudad de Gelnhausen.

Cuentan en Florencia, que Pazzino de los Pazzi subió el primero á las murallas de Jerusalem, por lo cual le dió Godofredo algunas astillas del Santo Sepulcro con las cuales encendió en su patria el fuego bendito. Quedó á su familia el privilegio de renovar el fuego el sábado santo cuando el pueblo recorre las calles á llevar la antorcha; un carro, que poco á poco se fué haciendo mayor y adornándose, y hoy todavía se conserva esta costumbre, enviando una paloma al coro de la catedral, y quemando muchos fuegos artificiales junto á la casa de los Pazzi. En Brescia enseñan el estandarte (cruz de oriflama) que en 1221 plantó su obispo Alberto en los muros de Damietta, subiendo á la cabeza de mil quinientos Brescianos, por cuyo hecho de armas obtuvo el patriarcado de Antioquia. Un clérigo llevó en 1160 de Levante á Bolognia el retrato de María, pintado por San Lucas, y le colocó en la ermita de la devota Angela que estaba en la altura de la Guardia, donde llegó á ser famoso por sus milagros.

Con tal mezcla de sentimientos sagrados y profanos, con la natural corrupcion del hombre que pervierte las cosas mas santas, con la intencion tan propia de la edad média de llevar los principios á los extremos, con el desorden que acompañaba aun ó las mejores instituciones, no es extraño que se origináran tantos desastres de las Cruzadas. Los reyes y los príncipes se separaron de los negocios, dejando que se perdiese su propio Estado por adquirir otro distante; pesaron sobre el pueblo nuevas contribuciones, y se fomentaron las intrigas de la política, tomando por pretexto la religion. Por el trato con los Orientales, se propagaron en Europa la lepra, el fuego sacro, y acaso tambien las viruelas. En la toma de Constantinopla se destruyeron muchas obras maestras (1). Nacieron ó se extendieron muchos errores nuevos, la inclinacion á la astrología y á la alquimia, la creencia en la magia fomentada por tantos cuentos orientales como corrieron entre el pueblo y en las córtes.

Se abusó de la credulidad para forjar reliquias, porque eran un testimonio de haber corrido muchas aventuras, y despues fueron un objeto de comercio profano. Se tenia á gala ostentar alguna de las mas preciosas, que ya eran una multitud de clavos santos, ya los infinitos pedazos de la Santa Cruz, vestidos de la Virgen, y objeto de los Patriarcas. Cuando Saladino re-

(1) Como las Palas de Scyllis y Dipneo, anteriores á Ciro, el Júpiter Olímpico de Fidias, la Venus de Praxitéles, la Ocasión, y una de Juno de Lisipo.

galó al emperador griego la verdadera Cruz, un Pisano encontró medio de robarla, y atravesando el mar sin mojarse los piés, la llevó á su patria (1). Lo mismo se cuenta de un Genoves que encontró la misma Cruz de Santa Elena en una nave veneciana, y la robó para enriquecer con ella su ciudad. Unos monjes llevaron de Jerusalem á Monte Casino un pedazo del paño con que Cristo enjugó los piés á los Apóstoles; pero como apenas fuesen creídos, le metieron en un incensario, y al instante se puso de color de fuego; le sacaron intacto y colocaron entre oro, plata y piedras preciosas. En Sens se veneró parte de la vara de Moises; en el Anjou una sandalia de Jesucristo; en San Juan de Angely la cabeza del Precursor. En la caja que depositó San Luis en la santa capilla, estaban la vara de Moises, el gorro de San Juan Bautista, leche, cabellos, y el velo de la Virgen, sangre de Cristo, sus pañales, el mantel de la cena, el paño del lavatorio de piés, el sudario con la santa cara, las esposas, el vestido de púrpura, la corona de espinas, el hierro de la lanza, la caña, la esponja, un pedazo de la verdadera Cruz, la del Buen Ladrón, y la cruz del triunfo que los emperadores de Constantinopla llevaban á la guerra. La reliquia que estuvo en gran veneracion en aquel tiempo, fué la lágrima que vertió Cristo en la tumba de Lázaro. En Aquisgran conservaban la camisa que llevaba la Virgen María cuando parió, la ropa de Jesucristo, y el paño con que fué cubierto en la Cruz durando quince dias la exposicion anual de las reliquias. Nada diré de Roma, donde las relaciones de los sacristanes nos llevan tambien á la época de las Cruzadas y á los portentos que se leen en el libro de los Siete Viajes. Toda reliquia debia tener una leyenda para recitarla en la iglesia, y si no se, componia; nunca acabaríamos si quisiéramos referir las revelaciones, por las cuales se descubrieron pedazos del arca de Noé, pelos de la barba de Aaron, leche de María, y los milagros con que se justificaban.

La impunidad concedida á los Cruzados les autorizaba á cometer toda clase de delitos, y con aquella desordenada mezcla de hombres se fomentaba la licencia. Los lazos de familia se habian relajado, pudiendo San Bernardo jactarse de haber llenado la Europa de viudas, cuyos maridos vivian aun; y la corrupcion se aumentaba, de suerte que vemos extenderse entónces las infecciones venéreas. Los frailes tomaron pretexto de las Cruzadas para sustraerse á la disciplina, y las monjas salian de su santo retiro para exponerse á los peligros de un mundo que no debieran haber conocido.

Iba á aquellas expediciones una nube de androjosos, en tanto número que en el sitio de Antioquia los reunieron al mando de un *rey de los mendigos*; y los *caballeros sin bienes* y los *pobres de Cristo* aumentaban sus pretensiones

(1) CRON. de JACOPO DA VARACINE. *Rer. It. Script.* IX.

á proporcion de su miseria. ¿ De qué habia de cuidar semejante gente sino del botín? y muchas veces solo se tuvo en cuenta para asaltar una plaza sus riquezas y las bellezas de sus mujeres. Á su lado brillaban los ricos con sus lujosos vestidos y se recreaban en cacerías, carreras y juegos de azar; de tal manera que los papas y los sínodos procuraron contenerlos con repetidas ordenanzas suntuarias.

Confundiéndose los diversos pueblos, se comunicaron sus malas cualidades; la perfidia de los Griegos, la avaricia de los Italianos, la orgullosa grosería de los Franceses, la fastuosa mollicie de los Asiáticos y las desleales violencias de los Africanos; las costumbres orientales fueron tristemente imitadas por los príncipes europeos; y no solo formaron serrillos, sino que quisieron tener asesinos á su disposicion, como el Viejo de la Montaña; de suerte que los concilios declamaron mucho contra estos últimos (1).

Sin embargo, no ha habido ningun ejército tan preocupado generalmente de la idea moral; nunca se han reparado con tantas fundaciones piadosas las tristes consecuencias de las guerras; todos saborearon la virtud, manifestaron santidad y trataron de mejorarse. Agitaba los ánimos un remordimiento semejante á la virtud; hombres avezados á las violencias y atropellos se apresuraban á restituir; al dar ó dejar sus bienes ninguno olvidaba los hospitales de los peregrinos, ni de los enfermos, ni las casas de depósitos; el señor de Joinville reúne á sus vasallos y vecinos y ofrece reparar cualquier injusticia que hubiese cometido; el conde de la Marche, famoso potentado de Francia, deja en su testamento que se restituyan cuantos bienes habia usurpado.

Si la ambicion guió algunas veces á los jefes, las turbas iban conducidas por un sentimiento religioso, bien ó mal interpretado, que no calculaba, sino que se abandonaba al entusiasmo. Además, en los caballeros reinaba una humildad y una abnegacion admirables en el orgullo de aquel tiempo y en guerreros ansiosos de empresas y de gloria. Se referia el mérito de las acciones que habian tenido buen resultado, á la virtud divina ó á los prodigios de los Santos, mas bien que al propio valor; su brazo se debilitaba cuando confiaba en sus propias fuerzas, al paso que era invencible cuando Dios le dirigia. El gran maestre de los Hospitalarios se titulaba guardian de los pobres de Cristo, y sus caballeros decian á los enfermos *Señores nuestros*; el gran maestre de San Lázaro debia haber tenido lepra. Godofredo no quiso ceñirse la corona real donde Cristo la tuvo de espinas; y

(1) Se conocen con el nombre de Arrogenos, Navarros, Vascolos, Cottereaux y Traiverdinos; y se confundieron despues muchas veces con las bandas armadas particularmente de Brabanzones, que principaban entónces á vender su valor. El concilio III Lateranense de 1179 los maldijo: cuando eran descubiertos, debian ser denunciados al pueblo en los dias festivos y perseguidos con rigor; concediéndose dos años de indulgencia al que promoviese esta empresa, y los mismos merecimientos que á los peregrinos de Tierra Santa.